

Literatura

Sobre el arte de estar solo

La soledad creativa



FOTO: MARC CAELLAS

MARC CAELLAS

Ariana Harwicz, una escritora argentina a la que leo con admiración, tuiteó hace poco que un escritor está obligado a elegir entre la perfección de la vida o la de la obra. La eterna disyuntiva, pensé, para luego darme cuenta que pre-

fiero las vidas y las obras imperfectas, las vidas y las obras erradas, inestables o azarosas, las vidas y las obras donde no existen certezas, las vidas y las obras donde algo siempre puede fallar. Pensaba en esto mientras terminaba la lectura de *La ciudad solitaria*, de Olivia Laing, un maravilloso

libro que es un como un buen cocktail -el pisco sour del José Alfredo Bar, en Madrid-, con las medidas exactas de pisco autobiográfico, jugo de limón reflexivo, clara de huevo urbana, y el toque de amargo de angostura existencial imprescindible para hablarnos de artistas solitarios como Andy

Warhol, Edward Hopper o David Wojnarowicz.

No había pensado demasiado en la soledad hasta el año pasado. Fue en Tokio, a donde fui como artista residente invitado durante un mes. Releo los diarios de ese momento y encuentro cosas como ésta: Ayer no hablé con nadie. Más allá de breves saludos y despedidas con el mesero del restaurante donde almorcé, o con el vendedor de licores, a quién compré una botella de Sochu, o con la cajera del supermercado Life, a quien pagué mi cena a base de sashimi y vegetales. Del resto, cero comunicación.

“Cuando nada nos emociona, el diálogo es el contacto más íntimo que podemos tener con otro ser humano. La inmensa mayoría de los habitantes de la ciudad participa a diario en una complicada partitura coral: a veces interpreta el aria, pero lo normal es que cante los coros, que responda a la llamada, que intercambie pequeños comentarios verbales con gente casi desconocida o perfectamente extraña. La ironía es que cuando uno está viviendo una relación más íntima y satisfactoria, estos diálogos cotidianos fluyen sin obstáculos, casi sin que nos demos cuenta. Es cuando falta una comunicación más profunda y personal cuando cobran una importancia desmesurada y, con ello, entrañan un peligro desmesurado”.

Sentí ese peligro, me di cuenta de la fragilidad de mi existencia, de que andaba por una cuerda floja existencial que no auguraba nada bueno. Mientras mis amigos envidiaban mi posición, a mí me embargaba una tristeza pocas veces antes sentida. Estuve a punto de cambiar mi billete de regreso de Japón, pero entonces florecieron los cerezos, salió el sol de nuevo y me lancé a recorrer las calles de Tokio siguiendo la estela de Jiro Tamiguchi, responsable último de que estuviera allí, ya que el proyecto seleccionado tenía que ver con su obra, especialmente con *El caminante*, protagonizado por un personaje de rasgos occidentales, observador, silencioso y solitario. Mi intimidad con Jiro me curó. Tal cual como lo cuenta Laing:

“El arte tiene funciones extraordinarias, una extraña capacidad de negociación entre las personas, incluso aquellas a las que nunca hemos llegado a conocer y, sin embargo, se infiltran en las vidas de otros y las enriquecen. Tiene la capacidad de crear intimidad; tiene su manera de curar las heridas y, mejor aún, de mostrar que no todas las heridas necesitan curarse y no todas las cicatrices son feas”

La autora concluye su texto dándose cuenta de que la soledad es personal y es también política. “La soledad es colectiva: es una ciudad. En cuanto a cómo habitarla,

no hay reglas y tampoco ninguna necesidad de sentir vergüenza; lo que hay que hacer es recordar que la persecución de la felicidad individual no está por encima de nuestras obligaciones para con los demás ni nos exime de ellas”.

El año pasado estrenamos una obra de teatro en la que la sombra de Warhol era muy alargada. El escenario se volvía una suerte de plató de televisión, y la dramaturgia un guión televisivo que se expandía en forma de escenas, la mayoría de ellas basadas en *Cielo*, un libro de David G. Torres que dialoga y comparte protagonistas y atmósferas con el de Laing. En nuestra obra tratamos de dar voz a esas mujeres que nos atraen, y que atraían a Valerie Solanas y Andy Warhol, gente excesiva y abandonada, la clase de mujeres que gustaban a Warhol, al menos vistas desde el otro lado de la cámara: “dominantes, seguras, llenas de confianza, desagradables, violentas, egoístas, independientes, orgullosas, buscadoras de emociones, arrogantes y audaces, mujeres que se consideran capaces de gobernar el universo, que han llegado a los límites de esta sociedad y están dispuestas a ir mucho más lejos de lo que la sociedad les ofrece”.

Mujeres como Marina Abramovic, inspiradora de la novela del Museo del Amor Moderno, de la escritora australiana Heather Rose, artista que también ha trabajado la soledad en el arte, llevando su cuerpo al límite durante una trayectoria vital y artística de más de cuarenta años. Heather Rose escribe sobre la importancia de reconocer al otro, de mirarlo, de conectarse. Quizás el mundo sería un lugar más compasivo si nos miráramos más a los ojos. Si los maridos miraran a los ojos a sus esposas. Cada día. Si los guardias fronterizos miraran a los ojos a los refugiados. Cada tarde. Los alumnos a sus profesores. Los profesores a sus alumnos. Mirar a los ojos como acto político.

Todo va de conexión. Hasta que no comprendes qué es lo que te conecta no eres libre. Se trata de confrontarse con la alteridad. Podemos encontrarnos en la mirada de la alteridad, y lograr armonía, o podemos ver la mirada del otro como un abismo insondable, como el imposible conocimiento de lo otro ¿Cómo se siente una ciudadana que vive en un país extranjero que no reconoce al suyo?

Una de las protagonistas del libro de Heather Rose visita día sí y día también el Moma, fascinada con la performance de Abramovic. Analiza si el fervor religioso con el que los espectadores asisten al ritual. Concluye que todas esas lágrimas, todo esa conmoción no puede ser fingida. Algo pasa ahí dentro, dentro de la sala, y dentro de nosotros. Rose trata de descubrir qué es.